



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

MOHAMED DOGGUI
Alizeti. La fugitiva del sol
[Fragmento]

Edición impresa

Mohamed Doggui, *Alizeti, La fugitiva del sol* (2013)

En

Mohamed Doggui (2013) (Año) *Alizeti, La fugitiva del sol*.
Barcelona: Plataforma editorial Lugar: Editorial. (pp. 73-80)

Edición digital

Mohamed Doggui, *Alizeti, La fugitiva del sol*. Fragmento (2017)

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Mayo de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) .



Alizeti. La fugitiva del sol

Mohamed Doggui

Al cabo de aproximadamente un par de horas de espera, que a Selemani se le hizo eterno, una de las enfermeras que asistió a Elicana se asomó por el pasillo y le hizo señas de que la acompañara. Este se precipitó hacia ella y, justo antes de alcanzarla, la oyó decirle secamente y sin darse la vuelta:

- Enhorabuena

- ¡Muchas gracias! Dígame, por favor, ¿cómo está mi mujer? – le preguntó él en un tono más suplicante que interrogativo.

- Bien

¿Y el bebé? -volvió a preguntarle impaciente.

- Bien también -le respondió ella sin alterar su tono serio ni su estilo escueto.

La enfermera lo condujo a un pequeño despacho para que rellenara una ficha y, acto seguido, lo acompañó a la habitación donde acababan de trasladar a Elicana. Era pequeña, estaba pintada de verde y en ella había tres camas contiguas, intercaladas por unas mesillas blancas. Su esposa ocupaba la del medio.

Elicana estaba tendida, con los ojos cerrados, y tenía a su bebé al lado, envuelto en una sábana azul celeste. La otra enfermera, probablemente la comadrona, estaba de pie junto a la mesilla.

Saludó a Selemani y le dio la enhorabuena con la misma sequedad que su compañera. Y las otras dos parturientas hicieron lo mismo, pero con un tono más bien compasivo.

Selemani se hallaba junto a la puerta, mirando a su alrededor, atónito, sin saber qué hacer. Estaba confuso porque no lograba inquirir la causa de aquella seriedad casi tétrica que imperaba en la habitación.

“¿Un nacimiento no era acaso el suceso más dichoso del mundo? -se preguntó-. ¿Qué habría ocurrido exactamente para que la enhorabuena se me diese casi como si fuera un pésame?”

En medio de aquel silencio agobiante y embarazoso, Selemani decidió actuar. Se acercó a paso lento a la cama de en medio, cogió la mano de su esposa, se inclinó hacia ella y le dio un leve beso en la frente susurrándole: “¡Te quiero!”. Elicana entreabrió lentamente los ojos, le destapó la cara a su bebé y con voz débil y neutra dijo: «Es una niña, se llama Alizeti». Y volvió a cerrar los párpados.

Al cabo de unos segundos de titubeo, Selemani pasó al otro lado de la cama, cogió con suma delicadeza a su hija, la miró, era *kitokatoka*. La criatura estuvo a punto de caérsele de las manos si no hubiera sido porque, en el último instante, logró armarse de entereza para evitar la desgracia.

En efecto, Alizeti nació *kitokatoka*. Tenía la cara sonrosada y salpicada con diminutas pecas, la nariz chata, los ojos claros y el vello de la cabeza, las cejas y las pestañas tenue y amarillo anaranjado como el de los polluelos.

Selemani la besó tiernamente en la mejilla, la devolvió a su sitio, estrechó la mano de su esposa y, sin decir nada, abandonó la habitación arrastrando los pies. Las piernas le temblaban, y para no tambalearse tuvo que evocar el consejo de su padre: “Modera siempre tus emociones: ni te alegres ni te entristezcas mucho, porque la ventura y la desventura van y vienen continuamente como el péndulo”.

A pesar de haber nacido tan indefensa como una gacelilla en plena jungla, Alizeti sobrevivió y creció sana, y ello gracias al celoso cuidado que sus padres no cesaban de prodigarle.

En efecto, Selemani y Elicana se esmeraban en la salud, la alimentación y el aseo personal de Alizeti. Al principio estaban preocupados porque su hija tenía una respiración ruidosa y jadeante. Pero el pediatra los tranquilizó asegurándoles que no se debía a ninguna patología que aquejara su sistema respiratorio, sino simplemente a un hábito que había adquirido a causa del agobio que le producían la ropa tupida y el calor excesivo.

En efecto, entre las pocas cosas que se les podría reprochar a los padres estaba el tener a la pobre criatura siempre muy arropada con prendas de tejidos tan apretados que, debido al clima constantemente cálido, le producían una continua sofocación. Pero para ellos era un mal menor, ya que la carencia de melanina en la piel y los ojos de su hija la volvían una presa fácil para un Sol imperante y predador.

Alizeti llamaba la atención de todo el mundo no solo por el color de su piel, sino también por todo su aspecto singular. Parecía una graciosa muñeca de trapo. A pesar de ser menudita, aparentaba estar rechoncha porque iba siempre encajada en varias prendas tupidas. Llevaba gafas de sol de montura verde y cristales graduados muy oscuros. Le quedaban bien sujetas a la cabeza gracias a una ancha cinta elástica del mismo color. Debajo de un sombrero de tela amarillo y calado hasta las orejas, le pendían, de cada lado, dos trenzas gruesas, de color y aspecto lanosos. Llevaba zapatos con cordones y unos calcetines que le llegaban hasta la rodilla.

Las raras veces en que Alizeti salía a la calle era para acompañar a Elicana al sanatorio o al mercadillo semanal del pueblo. En el camino, cada vez que se cruzaba con niñas saltando a la comba o jugando a la rayuela, se encabritaba y se ponía a rogarle a su madre que la dejara jugar un poquito

* En swahili, “albino”. (N.A.)

con ellas. Pero Elicana se apresuraba a arrastrarla de la mano dándole siempre la misma respuesta: "Lo siento, corazón, es que es muy tarde".

Sin embargo, un día Alizeti cogió un berrinche tan fuerte que no solo los niños que jugaban por allí, sino también los transeúntes, acudieron corriendo hacia ella para ver qué ocurría- Estaba tirada por el suelo pataleando y gritando histérica: "¡Ya no te quiero, déjame en paz, no quiero volver a casa contigo, ya no te quiero, ya no te quiero...!" Y lo único que pudo hacer la madre fue apretar los dientes y los puños para poder resistir el dolor punzante que le producían las palabras de su hija.